

A nuestros padres,
Serafín y Mari Carmen, Héctor y Ana,
que nos dieron la vida
y nos enseñaron cómo utilizarla.

A Carmen,
porque nosotros seamos capaces
de hacer lo mismo por ella.

AGRADECIMIENTOS

A Rita que nos presentó a Paulo.

A Paulo que nos presentó Lisboa.

A la *Polícia Judiciária* de Lisboa que nos atendió muy amablemente y respondió a todas nuestras preguntas.

A Ana Escarabajal por apoyarnos en este proyecto.

A Serafín, Héctor, María, Natalia, Antonia e Isa que nos ayudaron a mejorar con sus críticas y comentarios.

Todos ven lo que aparentas;
pocos advierten lo que eres.

Maquiavelo

El salón del hotel se hallaba abarrotado de hombres y mujeres ataviados con trajes y vestidos de fiesta, dispuestos alrededor de mesas engalanadas con platitos de canapés y centros de flores. Los camareros corrían de un lado a otro con bandejas de bebida que los invitados cazaban al vuelo. El olor a perfumes densos, variados y entremezclados hizo que Nicolasa diera un paso atrás, dubitativa ante el hecho de introducirse en el tumulto. Nuno, su marido, la cogió del brazo y tiró suavemente de ella.

Descendieron despacio los escalones que separaban la recepción del hotel del salón donde se celebraba la fiesta, sin prisa por hundirse en aquel mar de cabellos cardados y lentejuelas.

Una muchacha de mirada intensa y figura tentadora se cruzó en su camino, dirigiéndose solemne hacia un grupo de jóvenes. Nuno acompañó con la mirada los pasos de la chica, recorriendo su silueta para detenerse en su retaguardia. Nicolasa sintió una pequeña punzada de celos pero no dijo nada.

Continuaron avanzando hasta verse engullidos por la festiva muchedumbre que ocupaba el salón. Nicolasa comenzó a sentir mucho calor y en un principio lo achacó a los nervios.

—¿No te quitas la chaqueta? —La pregunta de Nuno hizo que reparara en que aún la llevaba puesta. Se la retiró con un movimiento brusco dejando al descubierto sus delicados hombros. Lucía un vestido largo y

plateado, de generoso escote, que había elegido porque le parecía elegante y discreto a la vez. Aunque la ocasión era muy especial para ella, no había ido a la peluquería pues su pelo corto le dejaba pocas opciones. Sin embargo, no dudó en engalanarse con los pendientes y el colgante de oro blanco y brillantes que su abuela le regaló el día de su boda.

El patronato necesitaba recaudar fondos con los que financiar sus actividades y para ello habían organizado una fiesta de gala, un cóctel al que se invitaba a políticos y personas relevantes de la ciudad con la esperanza de que contribuyeran con subvenciones y donativos.

Nicolasa pertenecía desde hacía algunos años a aquella asociación que otorgaba apoyo a madres solteras, inmigrantes y personas de bajos recursos en distintos aspectos de la vida, como atención médica, talleres sobre crianza y educación de los hijos, entrega de alimentos, techo para indigentes,... Y apoyo psicológico a aquellos que no lo podían costear.

Sus ojos oscuros se movían inquietos de un lado a otro, en busca de caras conocidas que le proporcionaran seguridad.

Una camarera arrogante, uniformada con traje negro de corte oriental, se acercó portando una bandeja repleta de cucharitas de porcelana rematadas con un pisto de textura indefinida. Ambos rechazaron el ofrecimiento para abalanzarse sobre otro camarero menos estirado, aunque ataviado con idéntica vestimenta, que repartía copas de vino y cerveza.

—Tu padre se sentiría muy orgulloso de ti —comentó su marido con la copa ya en la mano.

Nicolasa miró a Nuno como si no hubiera oído bien. Aquellas bromas no tenían gracia, ni pizca. Sabía que a veces él hacía gala de un extraño e hiriente humor, así que no se molestó en reprocharle.

—Hola, Nicolasa, qué alegría verte —una señora de cabello canoso y delgada figura se había acercado a la pareja. Nicolasa le respondió cortésmente.

No, su padre no se sentiría orgulloso de ella si hubiera llegado a enterarse de la noticia. La recogida de un premio otorgado por una humilde asociación no suponía motivo de alegría para el doctor Nicolás Araujo. Quizás su madre, antes de que hubiera sucedido la tragedia que la cambiaría por completo, habría compartido su felicidad.

La señora que la había saludado se alejó tras una conversación banal, con paso cansino, como si sus piernas no pudieran con tan esquelética carga.

A pesar de lo que pudiera pensar su padre, aquel era un logro importante para ella, para una española que había llegado a Lisboa con su marido, abandonando profesión, familia y hogar; si es que aquella era su profesión, si a su familia se la podía calificar como tal y si la casa de sus padres en Madrid, falta de todo calor y acogimiento, se pudiera denominar hogar.

El presidente de la asociación, un señor mayor que lucía un traje impecable, subió al escenario con la ayuda de un bastón, renqueando de la pierna izquierda. Se colocó unas gruesas gafas de pasta, se acercó al micro y con un papel en la mano inició un peregrinar de agradecimientos a todos los que habían hecho posible que el acto se celebrara. Y por lo visto eran muchos.

Los canapés, exóticos y muy elaborados, fluían en grandes cantidades gracias a la eficiencia de los camareros. Nicolasa comió poco y Nuno, una vez hidratado, arrasó con su parte y la que correspondía a su mujer. Siempre había hecho gala de un apetito insaciable, aunque eso no se reflejara en su figura.

Aquel viejo, presentador improvisado, comenzó a requerir la presencia de diversos individuos que acudían obedientes al escenario. Se entregaron premios a los miembros recién incorporados a la asociación; a cargos políticos que les habían respaldado; a la asociada de mayor edad, una señora de casi ochenta años y con una vista de oteadora, que remendaba ropa donada para regalar a los más pobres; dejando para el final el recono-

cimiento a la persona más relevante de la asociación a lo largo de ese año.

—Cuando Nicolasa llegó a nuestra sede—comenzó su arenga el presentador— y nos ofreció su ayuda, no pensé que aquella muchacha española nos pudiera aportar mucho. A duras penas hablaba portugués y parecía demasiado joven e inexperta. Además, nos proponía establecer un servicio de atención psicológica, cosa que nosotros no nos habíamos planteado y, desde luego, no creíamos necesario. A pesar de todo decidimos darle una oportunidad, no por nada, simplemente porque era voluntaria y no teníamos que pagarle —hizo una pausa para que la gente riera el chiste—. Y así han pasado ya cinco años y aunque ahora tiene su propia consulta y mucho trabajo, aún sigue buscando un hueco para colaborar con nosotros. Gracias a ella muchas personas han tenido acceso a una terapia que les ha ayudado a superar problemas y mejorar su vida, un servicio que de otra forma no podrían haberse costeadado. Y gracias a ella otros compañeros de profesión han seguido su ejemplo, reservando un hueco en sus agendas para tratar a personas de las que no sacan otra cosa que la satisfacción por ayudar a los demás.

Llegó el momento, Nicolasa ganó los escalones, controlando con seguridad las sandalias de tacón a juego con su vestido plateado. A pesar de sus esfuerzos por dominar los nervios no consiguió evitar un temblorcillo en las manos que se hizo patente al coger el micro. Intentó encontrar la mirada de su marido entre la multitud, en busca de apoyo. Y lo descubrió sonriente y orgulloso.

Recogió aquel premio que resultó más pesado de lo que por su tamaño aparentaba. Lo alzó animada y agradeció con efusividad el reconocimiento, dirigiendo unas palabras cariñosas a la asociación que tan bien la había acogido al poco de aterrizar en Lisboa. El discurso fue breve y la lengua se le trabó un par de veces debido a los nervios y la emoción. Al fin y al cabo era el primer premio que recibía.

Volvió a buscar la mirada ufana de su marido y, para su sorpresa, lo descubrió coqueteando con una muchacha de veintitantos. Nicolasa observaba la situación como si se tratara de una obra de teatro, como si ella permaneciera sentada en el patio de butacas, tras la cuarta pared. Aquella joven era la protagonista sobre el escenario. Bajita y ceñida con un vestido color berenjena, llamaba la atención gracias a su rotunda y hermosa cabellera rizada. Finalmente se dieron un par de besos y la desconocida se alejó despacio, como si supiera que al caminar dejaba tras de sí una estela, una fragancia, un halo de sí misma que alguien podía seguir. Nicolasa sintió envidia de su seguridad y del magnetismo que desprendía, mientras Nuno devolvía la vista al escenario y sonreía a su mujer, que estaba ya concluyendo el discurso.

Bajó con más nervios de los que había subido e intentó avanzar a través de los compañeros que se agolpaban para felicitarla. Se abrió paso, agradeciendo los halagos con mirada humilde, para alcanzar a Nuno y contagiarse de la seguridad que le transmitía. Su marido la esperaba con una amplia sonrisa.

—Enhorabuena, *marida* —y la besó—. ¿Qué significa esta figura? —señaló el símbolo que sobresalía de la base de metacrilato del trofeo— Parece un tridente.

—Es la letra griega *psi*, es el símbolo de la psicología —todavía temblaba.

—Pues parece un tridente.

—¿Quién era esa chica?

—¿Qué chica?

—Esa jovencita con la que hablabas tan animadamente.

—Ah, Paula, una compañera de trabajo. Está en el archivo.

—¿Y qué hace aquí?

—Su hermana es voluntaria en la asociación y ha venido a acompañarla. ¿Dónde vas a poner el tridente?

—Aún no lo he decidido. Supongo que en el salón, ¿no?

—Yo lo dejaría en el recibidor por si intenta entrar algún ladrón en casa. Es más útil que un bate de béisbol.

—Qué gracioso.

Pasó un camarero, uno de los últimos, con una bandeja llena de vasos sucios y medio vacíos. Nicolasa supo ver entre ellos una copa de cava intacta. Hicieron un brindis, sonriendo y cruzando sus miradas con complicidad.

—Estoy orgulloso de ti.

Nicolasa lo miró emocionada.

—Muchas gracias.

Se besaron tímidamente, ante las miradas de los demás y Nicolasa apuró el resto de su copa de un trago.

—Vamos a casa, estoy cansada.

Espero en la puerta, regodeándome con las siluetas de curvas voluptuosas que modelan mis bocanadas de humo. A base de práctica me he convertido en todo un experto y puedo pasar sin esfuerzo de una simple “O” a unas exuberantes curvas de mujer. El calor del cigarro abriga mis pulmones y me da fuerzas para soportar el frío húmedo de la noche.

La fiesta se alarga mucho, más de lo que preveía el programa. ¿Para qué harán los programas si al final nunca los cumplen? Me duelen las piernas, que aguantan estoicas mi peso, sin desfallecer ante la agonía de la espera. Busco algún banco donde descansar un poco. No hay ninguno cerca y no quiero alejarme, pues sólo tengo una oportunidad para conseguir la entrevista. Me froto las manos con fuerza, las tengo entumecidas e intento calentarlas con una exhalación de humo.

Elevo la vista y observo las estrellas, que relucen con entusiasmo y consiguen atravesar la contaminación lumínica de la ciudad. Algunas nubes se acercan y no tardarán en silenciarlas. Los coches gotean a estas horas, en un flujo intermitente que rodea y arropa la estatua altiva del Marqués de Pombal. A los pies del *Parque Eduardo VII*, el Marqués observa su gran obra, *La Baixa*, desde lo alto de un pedestal. Un león lo protege a su izquierda y Pombal se apoya en su figura mientras avanza su pierna, abriendo camino. Desde lo alto del Parque se ofrece una de las mejores vistas de Lisboa. Con el jardín a los pies, como una majestuosa alfombra

verde, la figura del Marqués marca el inicio de la *Avenida da Liberdade*, que se introduce como un tajo recto entre los edificios hasta *La Baixa*, para terminar en una placentera vista de la desembocadura del Tajo.

Un largo frenazo seguido de un estruendoso pitido me arranca de mis pensamientos. Me encuentro un poco inquieto. Mis dedos se sienten vacíos en cuanto apago un cigarro y sin pedirme permiso apartan la bufanda y se pierden en el bolsillo de mi chaqueta en busca del siguiente. Con un nuevo *Português* entre los labios, la llama de la cerilla ilumina mi cara en la penumbra de la calle. El portero del hotel me observa con desconfianza. Quizás piense que soy un delincuente.

Suena a lo lejos la sirena de una ambulancia y parece que se acerca. Ya han pasado las doce. El sonido de las voces crece por fin y las primeras personas atraviesan la puerta en busca de su coche. La ambulancia cruza la plaza a toda velocidad e ilumina con reflejos naranjas los pies del Marqués. Un par de coches se apartan a su paso, mientras se pierde en dirección a *Saldanha*.

El torrente de gente se hace más denso. Hablan mientras abandonan el hotel comentando la cena y los premios que se han entregado. Por fin aparece mi objetivo. Una señora de casi setenta años, de tez pálida, estropeada por abundantes manchas pardas, y ojos hundidos entre las arrugas que, a pesar de todo, muestran una mirada despierta. Se encorva al caminar aunque su paso es sereno y no necesita ayuda. Observo que se dirige hacia la parada de taxis. He tenido suerte, no ha encontrado a nadie que la lleve hasta su casa. Abandono mi esquina rápidamente y le corto el paso de una manera un tanto brusca.

—Perdone —me mira desconfiada calculando si debe detenerse a escucharme o no—. Mi nombre es Roberto Calheiro de la revista de Psicología Social de la Universidad de Lisboa —Bien, su mirada se relaja y sus ojos se abren paso entre las arrugas para desvelar su color azul, oscuro, como el fondo del mar—. Estoy escri-

biendo un artículo sobre el voluntariado en personas de la tercera edad. Verá, llamé a la asociación y no me quisieron dar su teléfono pero me enviaron su foto. Me dijeron que hoy sería un buen día para contactar con usted, porque así, además, podría escribir sobre la entrega de premios y sería buena publicidad para ellos. Como el artículo es para la Universidad, probablemente lo leerán estudiantes, y quizás alguno se anime a hacerse voluntario.

—Yo ya me iba para casa. Es muy tarde para una persona de mi edad, ¿sabe usted?

—Comprendo. He visto que buscaba un taxi. Yo tengo mi coche aquí mismo, si no le importa la puedo acercar y en el camino hacerle la entrevista. Será breve.

Duda unos segundos. No parece muy convencida. Observa ora los taxis, ora mi coche, que está unos metros más allá. Decido arriesgar.

—*Pero hagamos un trato: yo quisiera contar con usted, es tan lindo saber que usted existe, uno se siente vivo; y cuando digo esto quiero decir contar aunque sea hasta dos, aunque sea hasta cinco.*

Al principio no entiende lo que digo, me mira extrañada, como si estuviera loco. Después sus ojos vuelven a abrirse, mostrando la luz de sus pensamientos. Sonriendo, concluye ella el poema.

—*No ya para que acuda presurosa en mi auxilio sino para saber a ciencia cierta que usted sabe que puede contar conmigo* —me observa ahora más relajada—. ¿Le gusta Benedetti?

—Me gusta la poesía en general, es una de mis pasiones. Escuche, son preguntas fáciles, no la molestaré mucho.

—Está bien, pero vivo en Alfama y el acceso en coche no es sencillo —su voz anciana es agradable y me arroja con cada palabra. Casi puedo imaginar que sea mi abuela.

—No se preocupe, soy buen conductor.

La ayudo a subir al coche y nos adentramos en la *Avenida da Liberdade* en dirección a *La Baixa*. El primer semáforo nos detiene en seco con el fulgor de su luz sangrienta.

—Así que vive en *Alfama* —el manual del buen periodista indica que siempre se debe iniciar una entrevista con un tema relajado, para ir sembrando confianza. La luz verde me da paso y lentamente meto la primera, que se resiste lanzando un gemido desde la caja de cambios. Antes de ponerme en marcha me sobresalta el claxon del coche que espera detrás. Lo ignoro y continúo con la conversación—. ¿Cómo es la vida en ese barrio?

—*Alfama* es el mejor barrio de Lisboa. Es como vivir en un pueblo en el centro de la ciudad. Allí nos conocemos todos los vecinos, ¿sabe? Ahora en invierno es algo más triste, porque con el frío la gente sale poco a la calle, pero en verano, muchos vecinos sacamos las mesas a las plazas y cenamos todos juntos.

—Debe de ser agradable saber que puede contar con la gente de la zona. Normalmente las personas que viven solas se sienten aisladas en las grandes ciudades, a pesar de estar rodeadas de sus semejantes.

—Sí, sobre todo para una persona mayor como yo. Mis hijos tienen ya cada uno su vida y sólo se acuerdan de su madre para pedirle dinero o para que les cuide a los críos. Y yo me niego, ¿sabe?

—Hace muy bien. Cada uno que críe a sus retoños.

—Pues eso mismo les digo yo —sonríe con una mueca de complicidad, mientras comenzamos el ascenso hacia *Castelo*. Dejamos la *Sé* a la izquierda, poco antes de adentrarnos en las profundidades de *Alfama*.

—Ahora tendrá que guiarme, que esto parece un laberinto.

—No se preocupe, no resulta tan difícil. Si se pierde a la vuelta lo único que tiene que hacer es bajar por las calles y así llegará a la orilla del Tajo. En la próxima gire a la derecha, con cuidado, que están de obras.

Sigo su consejo y tomo la calle despacio. Se trata de un barrio que siempre me ha llamado la atención. Fachadas blancas, decoradas con pequeñas puertas verdes que se apiñan unas junto a otras. Algunas puertas permanecen abiertas y muestran lúgubres escaleras estrechas que ascienden a los pisos. Aquí iluminan pocas farolas y el cielo se ha cubierto de repente, sumiéndonos en una oscuridad inquietante.

—Antiguamente teníamos un manantial en el barrio, ¿sabe? Bajaba del castillo y todos los vecinos nos abastecíamos de él, pero la empresa de agua lo cerró para que tuviéramos que pagar por el servicio.

—Vaya, qué curioso.

—Gire en la próxima a la izquierda. Y lo mismo pasó con los túneles, ¿sabe? Antes había túneles que bajaban del Castillo, pero todo eso lo han tapado.

—Las casas parecen muy pequeñas, ¿no? Si cada puerta es de una casa, no tienen ni dos metros de ancho.

—Sí, son muy pequeñas, aunque no tanto como parece. Algunas puertas son de la misma casa y otras son para subir a los pisos. Mire si son pequeñas que hay casas que no tienen ni baño.

—¿No tienen baño? ¿Y cómo se asean?

—Hay baños públicos. Aquí vive gente muy pobre, ¿sabe? Incluso algunos que tienen baño en su casa usan los públicos para no gastar agua y gas. Deténgase aquí. Vivo cerca y ya no podemos seguir con el coche.

—Aún no le he hecho la entrevista.

—Si quiere deje el coche y le invito a un té.

—De acuerdo, pero aquí no hay sitio. La calle es muy estrecha.

—¿Ve esos pivotes? Muy poca gente lo sabe, pero pueden quitarse fácilmente, así podrá dejar el coche en ese recodo. Mis hijos siempre lo hacen.

—Qué curioso.

Sigo su consejo y retiro los pivotes, que como me ha indicado la mujer no ofrecen mucha resistencia. Tras

aparcar el vehículo ganamos las escalinatas que desembocan en una pequeña plaza. Las primeras gotas comienzan a desplomarse sobre nosotros en el instante en que la anciana introduce la llave en la puerta de su casa.

Entramos directamente al salón. Se trata de una estancia pequeña y algo desvencijada, ataviada de muebles clásicos y oscuros, que recorren la pared hasta la puerta. Reparo en una estantería rebosante de libros nuevos y viejos, altos y bajos, modernos y clásicos, con cubiertas de piel, pergamino, rústica y cartoné. Tiene un buen repertorio. En un vistazo observo varios que no me importaría incorporar a mi colección. Una mecedora se balancea sola junto a una mesa de camilla. Sobre ella descansa un poemario de Benedetti, que la he visto leer más de una vez.

—¿Quiere un té o un café? —me pregunta, nada más cerrar la puerta, mientras se dirige a la cocina. La sigo mientras contesto.

—Mejor un café, aún tengo mucho trabajo esta noche.

—¿Será muy larga la ent...?

De repente mi mano cobra vida propia y se estampa contra su cara en una sonora bofetada. La anciana retrocede asustada. Maria Da Conceição, se llama. Me gusta recordar su nombre cuando veo el miedo dominar su mirada. Maria Da Conceição abre la boca para decir algo, pero las palabras se atorán en su garganta. Advierto que conserva casi toda la dentadura intacta, cosa que me sorprende dada su edad. Cierro el puño con fuerza y doy un paso hacia ella. El miedo se ha tornado en angustia. Maria Da Conceição se echa una mano al pecho y boquea pidiendo ayuda. Las arrugas rasgan su boca que se abre y se cierra azorada. ¡Maldita sea! Le está dando un infarto. Me va a fastidiar la diversión esta noche. Maria Da Conceição alarga la mano derecha hacia mí, mientras con la izquierda se presiona el pecho, espantada. Las lágrimas anegan sus ojos que pare-

cen querer escapar de las órbitas. Maria Da Conceição gime y se retuerce en el suelo una vez que ha comprendido que no tiene escapatoria. Le asesto una patada en el vientre. Me regodeo en su gemido lastimero, mientras su cara comienza a tornarse azul. No le queda mucho para palmarla. Pero aún puedo disfrutar un poco antes de perderla. Saco la navaja y rasgo sus ropas dejando desnuda su piel marchita. Los ojos desorbitados me contemplan impotentes, mientras su boca suplica ayuda en una mueca agónica. El acero rasga la piel agostada de su vientre para dejar la evidencia de un número. Me deleito con su gemido que le cuesta el último suspiro del aire que le quedaba. La sangre mana. Me pongo en pie y sonrío ante el espectáculo. Sus ojos parpadean, su cuerpo se convulsiona en un espasmo postrero. Está a punto de perder la conciencia. Elevo mi pierna en el aire y con todo el vigor del que soy capaz, la descargo sobre su boca sedienta.

Contemplo mi obra y me viene a la mente una cita de Pessoa: *A mí, cuando veo un muerto, la muerte me parece una partida. El cadáver me da la impresión de un traje abandonado. Alguien se fue y no necesitó llevar aquel traje único que había vestido.*

